# *EL DISCERNIMIENTO DEL AMOR*

4ª Ponencia del XVII EFCSM 2023

**Giacomo Mussini**

Licenciado en Filología y Literatura Clásica en la Universidad de Pavía. Actualmente se dedica a la traducción, especialmente de la obra de H.U. von Balthasar y Adrienne von Speyr, y a la difusión de esta obra a través de la web balthasarspeyr.org.

**© 2023. Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

# El discernimiento del amor

Dice Desde que tenemos a un hijo de san Ignacio como papa, la palabra «discernimiento» se ha puesto casi de moda en la Iglesia. Ya no es ese concepto técnico, un poco misterioso –quizá un algoritmo para acertar la adivinanza de la vocación–. La palabra vuelve una y otra vez en los discursos y escritos del papa. Por ejemplo, la exhortación post-sinodal *Amoris Laetitia* pide un «discernimiento pastoral» frente a aquellas situaciones de fragilidad e imperfección que no se dejan encajar en una norma rígida, y subraya cómo ese discernimiento «es dinámico y debe permanecer siempre abierto a nuevas etapas de crecimiento».[1] También el proceso sinodal sobre la sinodalidad que se está celebrando en estos años se presenta como «una oportunidad para que todo el Pueblo de Dios discierna conjuntamente cómo avanzar en el camino».[2] Se podrían multiplicar los ejemplos. A lo mejor no falte quien lo considere un concepto vago, que expone al peligro de difuminar los perfiles claros de la doctrina, acabando en un situacionismo ambiguo. Lo que es cierto es que es un tema importante para el papa, quizá hasta una clave para su enseñanza (junto con la insistencia sobre la consciencia, que es precisamente el espacio en el que se discierne); lo acaba de mostrar el ciclo de catequesis sobre el discernimiento que se ha terminado el pasado 4 de enero.[3] Son textos preciosos, sencillos y profundos, en donde se ve toda la sabiduría de un experimentado padre espiritual. Por mi parte, solo intentaré resaltar algunos rasgos del discernimiento, de su relación con el amor y de su significado para la vida cristiana dentro de la Iglesia.

1.

Según su etimología, discernir es mirar atentamente (*cernere*) las cosas moviéndolas de un lado al otro (*dis-*), distinguiendo, tomando nota de la diferencia y separando. El papa toma la imagen evangélica del pescador «que selecciona los peces buenos y descarta los malos», o habla del «gran discernimiento» que el Señor hace entre «ovejas» y «cabras» en la escena del juicio final de Mt 25.[4] Sin coincidir propiamente con la elección, el discernimiento está ordenado a tomar una decisión en una situación concreta; en esto, es cercano a la virtud de la prudencia.

Como es sabido, San Ignacio de Loyola es quien ha puesto de relieve más que nadie el concepto de discernimiento y su práctica en la Iglesia.[5] De pronto, pues, puede asombrarnos el no encontrar en sus Ejercicios la propia palabra «discernimiento». Según su talante de hombre de la experiencia y de la acción, y según su propia máxima de que «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras» (*Ej.* 230), él usa más bien el verbo, discernir, que el sustantivo abstracto, o incluso lo parafrasea con palabras más sencillas: «Reglas para de alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones … las buenas para rescibir, y las malas para lanzar» (313). Pero también hay otra razón: para referirse al discernimiento, él usa la palabra «discreción» en su sentido antiguo (*discretus* siendo el participio pasado de *discernere* en latín), por ejemplo, dicta reglas «con mayor discreción de espíritus» para quienes ya están en la segunda semana (328).

---

1 AL 303.

2 De la web oficial synod.va (consultada el 6/3/2023).

3 El ciclo de catequesis ha tenido lugar en las audiencias semanales del miércoles, a partir del 31/8/2022. Textos disponibles en vatican.va.

4 Primera catequesis sobre el discernimiento, 31/8/2022.

5 Desde luego, la realidad del discernimiento se da a lo largo de toda la historia de la Iglesia, quizá –antes de San Ignacio– sobre todo en la tradición de los Padres del desierto y luego del monaquismo.



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

Aunque en él no falte el aspecto intelectual –incluso el barajar las opciones valorando pros y contras como una de las posibles maneras de hacer elección (178-183)–, para San Ignacio el discernimiento tiene que ver ante todo, según los pasajes que se acaban de citar, con los «espíritus» que se mueven en mí: los ángeles buenos y los espíritus malos, ambos interactuando también con «lo que sale de mi mera libertad y querer» (cf. 32, 313ss.). Desde luego, esto tiene fundamento en la Escritura, por ejemplo, en la palabra de San Juan, «Queridos míos: no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios» (1 Jn 4,1), y la de San Pablo, «Examinadlo todo; quedaos con lo bueno» (1Ts 5,21). Ya que los espíritus me mueven, el discernimiento se ejerce sobre las llamadas *mociones*, requiere un *sentir,* y por tanto incluye la dimensión de los *afectos*.[6] Lo que en todo caso no quiere decir sentimentalismo –dejarme llevar por el *feeling* del momento–, ni un sobrenaturalismo irracionalista que pusiera todo el acento en alguna inspiración «mística». Hay una clarividencia, ya incluida en la misma palabra (*cernere*), y tanto más si se trata del amor. Y San Ignacio proporciona sus reglas para ayudar a esta claridad –reglas que sin embargo no pueden reducirse a una técnica, a un proceso mecánico, ya que siempre se trata del encuentro dramático de la libertad del hombre con la libertad de Dios–.[7]

Pero es en las Constituciones de la Compañía de Jesús, y quizá aún más en las cartas de San Ignacio, donde vemos el discernimiento actuando. Le escriben personas que piden ayuda espiritual, tienen preguntas sobre su vocación o están tentadas; o bien jesuitas que en su misión se enfrentan con situaciones inesperadas en los contextos más distintos. Ahora bien, en las cartas encontramos a menudo la expresión «discreta caritas», que se podría traducir como «el amor que ha pasado por un proceso de discernimiento» (o quizá más simplemente «el amor que discierne»).[8] Por ejemplo, en la carta del 20/2/1555 al padre Núñez Barreto, misionero en Etiopia, San Ignacio apostilla sus instrucciones con estas palabras: «no se tenga por obligado a hacer conforme a esto, sino conforme a lo que la discreta caritas, vista la disposición de las cosas presentes y la unción del Espíritu Santo, que principalmente ha de enderezarle en todas cosas, le dictare».[9]

Por tanto, queda claro que ya en San Ignacio hay una relación entre discernimiento y amor, y esta relación es doble: por una parte, el discernimiento como la prudencia es siempre algo penúltimo, que necesita un criterio superior para orientarse,[10] y el amor, en cuanto fin de toda acción cristiana,

---

6 Según lo dicho hasta aquí, el discernimiento ignaciano de espíritus, tal y como se plantea en los Ejercicios espirituales, concierne ante todo al plano personal; sin embargo, la misma actitud puede resultar provechosa también en el debate eclesial, o incluso en los ámbitos mundanos, por ejemplo, la política. Se trata de no mirar exclusivamente a la mayor o menor racionalidad de los argumentos en abstracto, sino incluir en el juicio también los espíritus en que los argumentos son presentados y sostenidos. Todos tenemos la experiencia de cómo un argumento en sí válido puede utilizarse para herir, para aplastar al otro, en vez que para promover algún crecimiento común.

7 Una imagen del discernimiento como proceso dialógico hacia la claridad podría ser la curación del ciego en Mc 8, 22-25.

8 Cf. el análisis, con muchos ejemplos, de P.-H. Kolvenbach S.J., «Discreta Caritas», *Revista de Espiritualidad Ignaciana* XXXVII, 3/2006, 9-21, disponible en la dirección http://www.sjweb.info/documents/cis/pdfspanish/200611302sp.pdf (consultado el 6/3/2023).

9 Texto retomado de Kolvenbach, *op. cit.*

10 Así lo explica H.U. von Balthasar, *Teológica*, Vol. 1: *Verdad del mundo*, Madrid 1997, p. 122: «Con ella [la virtud de la prudencia] se ha de salvar el amplio intervalo entre los principios generales y su aplicación particular. Pero habría de fracasar si no le fuera entregado una pauta superior. Pues tampoco la virtud de la prudencia, a la que compete la aplicación espontánea, productiva de lo abstracto a lo concreto, puede justificar solo por sí misma esta acción inventiva que siempre es una operación genuinamente creadora. Ella siempre ha de poder declarar por qué fue prudente decidir así. Por tanto, ha de dirigir su vista hacia una norma última según la cual decidir. Pero, en definitiva, esta norma solo puede ser o el egoísmo o el amor. Todas las otras normas son provisionales y se rigen según esta decisión última».



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

es precisamente ese criterio último del discernimiento; por otra parte, el discernimiento es lo que permite que el amor se haga concreto cada vez (siempre en el presente: cabe observar que el verbo «discernir» no tiene participio pasado). Este amor «discreto» puede ser creativamente activo, hacerse todo para todos (1 Cor 9,22); no se rige por una «discreción» entendida como mero sentido común, como prudencia humana que siempre busca el «justo medio» evitando los extremos, sino que es el amor «intrépido» que se vuelve en cada situación «la virtud que nos hace falta».[11] Así también puede ser «no-indiscreto» en nuestro sentido, ser paciente (1 Cor 13,4) y sin fanatismo, ya que percibe lo que la situación requiere –o sea lo que el verdadero bien del otro requiere, y finalmente lo que Dios requiere–.[12]

En fin, la expresión «discreta caritas» puede indicarnos que aquí hay un aspecto existencial, que en cierto sentido representa la otra cara de lo que vimos en la ponencia sobre «La dogmática de la caridad»: si el dogma está allí para custodiar el amor, por su parte el discernimiento asegura que la doctrina –que desde luego se presupone–[13] se traduzca en la vida, se «encarne» como amor real en la existencia de cada uno, donde no es posible (ni sería bueno) regularlo todo de antemano con una ley. En esta síntesis, lo vamos a ver más tarde, puede y debe entrar el propio amor natural. Cabe citar aquí el famoso lema de San Agustín, *dilige, et quod vis fac* («ama y haz lo que quieras»), en su contexto:

> La bondad de las acciones de los hombres solo se discierne examinando si proceden de la raíz de la caridad. En efecto, pueden realizarse muchas que poseen una apariencia de bondad, pero no proceden de la raíz de la caridad; también las zarzas tienen flores. Otras acciones, por el contrario, parecen duras y crueles, pero se llevan a cabo … bajo el dictado de la caridad. Así, pues, de una vez se te da este breve precepto: Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Con tal que haya dentro de ti la raíz de la caridad, de dicha raíz no puede brotar sino el bien.[14]

La charla sobre la «caridad política» nos ha mostrado un ejemplo de un ámbito donde el discernimiento es especialmente necesario. Se trata de buscar no un supuesto «mal menor», sino algún bien común, y por ende algo amable: así que el amor para este bien concreto puede servir como criterio. Y, posiblemente, al menos algo de este amor y de sus motivos puede ser hecho asequible también para los demás.

---

11 Alessandro Manzoni, *Los novios*, capp. XXV-XXVI.

12 Siempre Manzoni (*Los novios*, cap. XXV) describe el personaje de una beata muy bien intencionada, que quiere enderezar a todo el mundo por sus obras de caridad, y resulta siendo muy indiscreta: ya que «todo su afán era secundar la voluntad del cielo: pero cometía con frecuencia una grave equivocación, y era confundir su cerebro con el cielo».

13 Cf. el primer punto sobre la elección en *Ej.* 170, que requiere que las cosas sobre las que se elige «militen dentro de la sancta madre Iglesia».

14 *Tratados sobre la primera carta de San Juan* 7,8 (sobre 1 Jn 4,4-12); traducción de https://augustinus.it. En el texto se reconoce el eco de 1 Cor 10,31: «ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios».



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

2.

Damos un paso más, preguntándonos más de cerca qué amor es esa *caritas* de la que hablamos, de la que se podría decir que es a la vez el sujeto y el criterio del discernimiento. Siguiendo a San Ignacio, el discernimiento no es una técnica de autoayuda o de *decision making*: para él está claro que se trata de encontrar la voluntad de Dios para conmigo, aquí y ahora. Y puesto que la voluntad de Dios es una voluntad de amor, el discernimiento tiene que acontecer en el espíritu de su amor. De hecho, en la carta de San Ignacio citada arriba y en otros textos de él,[15] la *discreta caritas* es puesta expresamente en relación con la «unción del Espíritu Santo» como su presupuesto.[16]

Otra indicación de San Ignacio está en uno de los modos para hacer buena elección: «La primera [regla] es que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, *descienda de arriba* del amor de Dios, de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige es sólo por su Criador y Señor» (184; cf. el texto paralelo en las reglas para distribuir limosnas, 338). El amor tiene que descender «de arriba». Hans Urs von Balthasar lo explica[17] con referencia también a un tercer pasaje de los ejercicios, en donde se invita el ejercitante a contemplar «cómo todos los bienes y dones descienden *de arriba*, así como la mi medida potencia de la summa y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc.» (237). Nuestro teólogo muestra cómo este amor «de arriba» es primariamente el amor trinitario de Dios que actúa para con el mundo, en la creación y sobre todo en el misterio de la salvación (*oikonomía*). Me parece que su genialidad esté en contemplar este «de arriba» de forma muy visual y dinámica: no simplemente como algo que se vierte del cielo hacia mí, que estoy abajo esperándolo, sino como *movimiento continuo de arriba hacia abajo*, como la luz que sigue efundiéndose, precisamente hacia y en las tinieblas. Así la imagen pierde sus rasgos supuestamente neoplátonicos, y se vuelve transparente hacia el misterio de la Redención, del amor de Dios hasta entregar a su Hijo. El movimiento de arriba hacia abajo «es el movimiento con que Dios nos ha revelado la esencia del amor absoluto: ya que el Padre envía de arriba al Hijo, el Hijo baja de arriba, libre y voluntariamente, hasta alcanzar a sus hermanos más pequeños, y el Espíritu Santo … baja de arriba para compartir y conducir el camino del Señor y de su Iglesia en la tierra. En este movimiento "económico" de Dios hacia el mundo, Él nos dona el arquetipo del amor, válido también para nosotros».[18]

El milagro, la gracia inmerecida, es que, en la fe, este amor se pone a nuestra disposición; que Dios nos permite sacar de su amor. Esto es la virtud teologal de la caridad. Antes hablé del discernimiento como lo que permite que el amor se «encarne»; ahora vemos más de cerca que hay una verdadera analogía con la Encarnación de Quien es el amor absoluto. El papa expresa, me parece, algo cercano a esto con una fórmula muy profunda: «en una decisión buena, correcta, se encuentra la voluntad de Dios con nuestra voluntad; se encuentra el camino presente con el eterno. Tomar una decisión correcta, después de un camino de discernimiento, es hacer este encuentro: el tiempo con lo eterno».[19]

---

15 Cf. p. ej. *Const.* 219: «La *caridad y discreción* del Espíritu Santo mostrará el modo que se debe tener».

16 Cf. también el proemio de las *Constituciones* (134): las leyes exteriores sirven como forma de cooperación con «la interior ley de la caridad y amor que el Spíritu Sancto escribe y imprime en los corazones».

17 «De arriba», en *Homo creatus est. Skizzen zur Theologie* V, Einsiedeln 1986, 26-30. Cf. también el comentario a la contemplación *ad amorem* en el último capítulo de *Chrisltich meditieren*, Freiburg i. Br. 1995², especialmente 91-96; tr. es. *Meditar cristianamente*, Madrid 2002.

18 Balthasar, *Christlich meditieren*, *cit.*, 92s.

19 Primera catequesis sobre el discernimiento, 31/8/2022.



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

Por ende, un signo de la presencia y autenticidad del amor de arriba en nosotros –luego, un criterio para el discernimiento– podría ser el hecho de que nos saque de nosotros mismos y nos inserte en ese movimiento de arriba hacia abajo –hacia la pobreza, la «periferia», hacia los últimos y lo último– que es propio del amor trinitario.[20] Y también el hecho de que ese movimiento llegue hasta la seriedad de la «carne», o sea, del compromiso real, del asumir las consecuencias, del entregarse una vez por todas –el caso típico es el de la elección del estado de vida–. No me parece casualidad que la confesión de fe en la Encarnación del Hijo sea un criterio de discernimiento proporcionado en 1 Jn 4,2-3, justo después de la invitación a discernir los espíritus: «Queridos míos: no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo *venido en carne* es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo». Incluso podemos pensar en la decisión de la Encarnación en el interior de la Trinidad, como nos la hace contemplar San Ignacio (*Ej*. 101-109), como un discernimiento operado por las Personas divinas («las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres, y … viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar el género humano», *Ej*. 102).

20 Cf. Kolvenbach, *op. cit.*, 21: «la sabia Caridad de Dios puede apremiar la "discreta caritas" a hacerse loco por Cristo (EE 167, Const. 101)». Sobre el aspecto trinitario, *ib.*, 19: «Porque Dios es "caritas" [¿]cómo no concebir la práctica de la "discreta caritas" como una obediencia en perspectiva trinitaria de un hijo del Padre, de un siervo del Hijo y de un discípulo del Espíritu[?]».



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

3.

A partir de aquí podemos intentar sacar unas consecuencias. La primera y más importante: si se trata del amor *de Dios*, el discernimiento del amor requiere la oración contemplativa. O sea, requiere no solo pedir que el Espíritu ilumine nuestro intelecto y nuestro amor, sino contemplar cómo Dios se manifiesta a sí mismo y así manifiesta su amor para con el mundo. Lo que contemplamos nos atrae y puede transformarnos, puede suscitar en nosotros algo como un conocimiento por connaturalidad –así como, en el amor humano, uno intuye lo que quiere la persona amada tanto más cuanto más conoce su forma de ser y actuar; a Dante, en el Paraíso, le basta mirar en los ojos de Beatriz para saber cómo tiene que portarse, para recibir aquel tacto sobrenatural que se precisa en la corte celestial–.[21] El discernimiento es también una cuestión de tacto. La actitud contemplativa no determina solo nuestro amor a Dios, sino que tiene que ser la fuente también del amor cristiano al prójimo: «quien acoge la figura de Jesús, aun tan solo a través de la predicación y a través de la contemplación de sus palabras, acciones y sufrimientos, tiene aquella visión "sin ver", que en Él reconoce o intuye el Amor absoluto, y desde este amor, "de arriba", puede dejarse determinar también su amor al prójimo».[22]

Agrego que esta actitud contemplativa del amor tendrá un carácter acentuadamente personal –y solo así también eclesial–. Podemos pensar en San Juan que se apoya en el pecho del Señor en la última cena (Jn 13,23-25): allí él percibe todo el amor que hay en el corazón de Jesús, y es cierto que lo percibe de forma muy personal, como aquél a quien Jesús ama de forma especial. Pero lo que percibe es el amor redentor de Dios para con el mundo; además, todo esto tiene lugar primariamente en función de la pregunta de Pedro sobre quién es el traidor. Otra vez es Juan quien «discierne» en el amor cuando reconoce al resucitado a la orilla del mar de Galilea: «¡Es el Señor!» (Jn 21,7) –de nuevo, no sin relación con Pedro, quien conforme al resultado de este discernimiento se echa al mar–.

Una segunda consecuencia tiene que ver con la integración de nuestro amor «natural», «de abajo». Se suelen oponer lo que la tradición filosófica ha llamado *eros* –justamente nuestro amor como empuje desde abajo–, y *agape* como el amor-caridad (el «de arriba», en nuestros términos). Y no cabe duda de que el amor natural, torcido por el pecado, tantas veces es nada más que amor propio, o autoengaño, incluso mentira: por esto, San Ignacio quiere que nos purifiquemos de todo «afecto desordenado», y nos ayuda implacablemente para esto. Solo que no hay que absolutizar la oposición (de otra forma, la purificación de los afectos sería voluntarismo estoico y no servicio a la generosidad del amor de arriba). En su raíz –antes de todas las distorsiones posibles– el amor natural es creado, y por esto es imagen del amor del Creador, que es entrega de sí y movimiento hacia fuera y hacia abajo.[23] Por tanto, el amor de arriba *puede* integrar en sí el amor «natural», que

21 La observación es de H.U. von Balthasar, *Herrlichkeit* II. *Fächer der Stile* 2. *Laikale Stile*, p. 408: «Una mirada hacia ella [Beatriz] le basta [a Dante] para recibir en su corazón el buen gusto moral y el tacto que regulan una situación terrenal de forma cristianamente definitiva, para otorgarle esa cortesanía de corazón que marca el tono "nell'aula più segreta" [*Par* 25,40-42] del emperador celestial y su corte.».

22 Balthasar, «De arriba», cit., 29.

23 Balthasar, «De arriba», *cit.*, 30, lo explica con referencia al n. 237 de los Ejercicios: si «todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma y infinita de arriba», entonces «sería totalmente equivocado oponer a la *agape* –descendiente– de Dios un *eros* que quisiera ascender a toda costa, como se entiende en el *Banquete* de Platón; este supuesto *eros*, que Agustín llama *desiderium*, deseo del corazón, lleva en sí ya la marca distintiva de la *kenosis* divina: en cuanto amor de desiderio él no es, según su esencia más propia, voluntad de posesión, sino voluntad de expresarse y donarse hacia fuera de sí (*Selbstentäußerung*); de otra forma, el hombre no



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

sale de nosotros mismos. Y no solo lo puede: el amor de Dios en nosotros *exige* que todo nuestro amor se ponga incondicionalmente a su servicio. Ya el Antiguo Testamento pide el amor a Dios y al prójimo con todas las fuerzas.

También, si las cosas están así, podemos reconocer en cada gesto de amor al prójimo, incluso el más sencillo e incoativo, incluso el que está torcido, una huella del amor del Creador (lo hace el mismo Jesús cuando nota que «vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos»: Mt 7,11), no tenemos que oponernos como cristianos a «los demás», de modo farisaico.

Un tercer y último punto: si la *discreta caritas* produce una síntesis (una «encarnación», el punto donde se encuentran tiempo y eternidad), esta síntesis es también la unión de obediencia y servicio, de una parte, y espontaneidad y libertad de otra. Una unión filial y gozosa.[24] Un texto precioso de Madeleine Delbrêl describe la relación de obediencia con Dios como un baile en pareja:

> Para ser buen bailarín, contigo como en los demás casos, no hace falta
> saber adónde conduce el baile.
> Solo hace falta seguir,
> ser alegre,
> ser ligero
> y, sobre todo, no ponerse rígido.
> No hace falta pedirte explicaciones
> de los pasos que te gusta dar.
> Hay que ser como una prolongación
> ágil y viva de ti mismo
> y recibir a través tuyo la comunicación del ritmo de la orquesta.[25]

Es una imagen que nos remite otra vez a la dimensión interpersonal, relacional, del discernimiento, y a la importancia en ello de sentir, de la intuición, de la «discreción». Además, en el baile como en el discernimiento puede haber unas reglas, un aspecto de «técnica» que tiene que ser asimilada por el ejercicio; y sin embargo este aspecto está al servicio de la expresión de algo mucho más profundo, y se vuelve siempre más espontáneo (o sea, necesita cada vez menos un esfuerzo explícito y consciente) a medida que uno va aprendiendo.

Con una imagen parecida, con la que concluyo, Adrienne von Speyr habla del amor como canto (*Die Liebe als Gesang*) –algo que sale de lo más íntimo, y sin embargo no me pertenece, antes bien saca de un patrimonio común y que me precede; algo capaz de suscitar un eco en los demás; algo que tiene una «fuerza imperativa» y requiere por tanto que nuestra libertad se ponga al servicio de su libertad–:

---

sería imagen y semejanza de Dios». En *Christlich meditieren*, cit., 92, añade un matiz de receptividad: «El deseo propio de las creaturas no puede ser una "voluntad de potencia" que quiera adueñarse de Dios, sino voluntad de entregarse dejándose aferrar por Él. Y como tal lleva la marca de la forma de amor de Dios: disponibilidad a acoger su amor que baja de arriba, y voluntad de configurar el propio amor –para Dios y para los hombres– a este movimiento descendiente». Sobre el tema de la integración de los distintos amores, cf. tb. C.S. Lewis, *The Four Loves*, London 1960; tr. es. *Los cuatro amores*, Madrid 2017.

24 Hay un *gaudium de caritate*, como lo explica Santo Tomás (II IIa, a. 28). En su catequesis del 31/8/2022, el papa subraya el gozo de los Reyes magos al encontrar al Niño, o el del hombre que busca perlas y encuentra la de gran valor, notando cómo la palabra griega que hay en estos pasajes se refiere en el Evangelio únicamente a la experiencia del encuentro con Dios.

25 Madeleine Delbrêl, *Nous autres gens des rues. Textes missionnaires*, Paris 1966; la traducción aquí presentada, posiblemente de Diego Javier Fares S.J., es sacada de la página https://diegojavierfares.com/2016/05/07/razonar-como-quien-danza-ascension-c-2016/ (visitada el 6/3/2023).



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es

> Quien canta, expresa algo que hasta ahora vivía como retenido dentro de él, y que ahora tiene que salir hacia fuera. Pero expresa también algo que es bien común de todos los que cantan. Se mueve en una esfera que pertenece también, quizá incluso principalmente, a otros, y con la que de pronto también la audiencia está de acuerdo. Los que de su parte no serían capaces de cantar, y sin embargo necesitan el canto, esperan de él un enriquecimiento. O también los que quizá están allí solo por casualidad, podrían justificar su presencia con motivos que no tienen nada que ver con escuchar el canto, y ahora de repente olvidan sus propósitos para escuchar los sonidos y dejarse regalar con algo con que no habían contado.
>
> El amor tiene características parecidas al canto. Cuando es expresado, encuentra un eco; pero el hecho de que sea expresado significa también que el que ama echa mano a algo que hasta ahora era su bien escondido y lo libera de sí, para que vaya por su camino que nadie puede calcular de antemano. ¿Su amor resultará atractivo? ¿Llegará a desplegar sus efectos? Pero la fuerza [del amor] en él es más fuerte que él: quiere y tiene que salir afuera; así como el que canta tiene que cantar, del mismo modo el que ama tiene que otorgarle a su amor la libertad. Y el hecho de que se la otorgue demuestra que el amor es auténtico en él, que no lo ata hacia atrás, que no espera una ocasión mejor. Una fuerza imperativa radica en el amor.[26]

Que el discernimiento del amor nos ayude a servir a esta fuerza imperativa.

26 A. von Speyr, *Über die Liebe*, Einsiedeln 1976, 106.



© 2023. Fundación Maior
Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 915 227 695 info@maior.es www.maior.es